



GAIUS  
AUGUSTA

NOVELA

J. M. SÁNCHEZ



1.ª edición digital: septiembre 2011

© J. M. Sánchez, 2011

© Ediciones B, S. A., 2011

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN: 978-84-666-5013-7

Conversión Digital: O.B. Pressgraf, S.L.

Roger de Llúria, 24, bxs.

08812 Sant Pere de Ribes

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

# Contenido

## Primera parte

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX  
XXX  
XXXI  
XXXII  
XXXIII  
XXXIV  
XXXV  
XXXVI  
XXXVII  
XXXVIII

## Segunda Parte

I  
II  
III  
IV  
V  
VI  
VII  
VIII  
IX  
X  
XI  
XII  
XIII  
XIV  
XV  
XVI  
XVII  
XVIII  
XIX  
XX  
XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

Epílogo

Nota del autor

Agradecimientos

## I. Primera parte

*Retia, frontera con Germania,  
anno domini LXX*

La nieve caía lentamente sobre las armaduras de los soldados, humedeciendo los metales y mojando sus rostros. La nevada no era excesiva, pero bastaba para extender un manto blanco que cubría hasta la hoja más pequeña que podía divisar, en medio de la espesura arbórea que le rodeaba. Llevaban avanzando casi medio día, ya no quedaba mucho para alcanzar su objetivo, que en aquella ocasión no era militar sino civil: una aldea en uno de los extremos del bosque —desde donde se daba abastecimiento a una partida de bárbaros— sucumbiría en breve a sus espadas. Los germanos estaban atosigando a las patrullas romanas de la zona. Darles caza les estaba resultando a sus hombres casi imposible, por ese motivo había decidido acabar con el problema de raíz, atacando directamente cualquier asentamiento que los ayudara, ya fuera con hombres o con vituallas.

Su gente había abandonado para aquella misión la mayor parte del armamento que solían portar en las batallas que tenían lugar en campo abierto. Los grandes escudos y las pesadas lanzas se habían quedado en el campamento. Las espadas cortas colgaban en los correaes anclados a la

cintura y serían más que suficiente para el cometido. Los estandartes e insignias también esperarían mejor ocasión: la marcha debía ser rápida y toda aquella parafernalia que acompañaba a la legión sólo serviría para entorpecerlos.

Ahora su avance era más lento. Su fuerza era muy superior a los campesinos que los harían frente, pero asegurar la conquista con el factor sorpresa, por pequeña que ésta fuera, resultaba primordial en cualquier táctica militar.

Tras unos árboles apareció el poblado: se trataba de unas cuarenta chozas diseminadas en un claro del bosque. En las calles irregulares, mujeres y niños; apenas había hombres, seguramente se hallarían en los campos o cazando. El general Poncio Augusto no tenía la menor duda de que algunas de aquellas mujeres estaban emparentadas con los bárbaros asaltantes de sus tropas; ellas tenían tanta culpa como los que blandían el metal de sus hachas contra sus soldados.

Las rudimentarias vestimentas de las mujeres germanas contrastaban con las finas túnicas y los ricos adornos que colgaban de las orejas y cuellos de las romanas; los cabellos largos y grasientos tampoco ayudaban a cambiar la idea que tenía de aquellos bárbaros: «salvajes» era la palabra que los definía a la perfección.

Los germanos se resistían a ser conquistados por completo y no los culpaba por ello, él en su lugar haría lo mismo, pero el avance de la civilización era imparable por mucho que las tribus del norte no quisieran aceptarlo.

Los romanos empezaban a rodear el poblado, cumplían sus órdenes de manera estricta, nadie podría salir de allí con vida. La nieve convertida en agua empapaba las pieles con las que se abrigan los soldados. Aquella circunstan-

cia era más delicada: la humedad de las corazas carecía de importancia, el agua resbalaba por ellas, pero las pieles... cuando se mojaban doblaban su peso, y aquello era un obstáculo en cualquier enfrentamiento. Debían actuar rápido, era una incógnita lo que podía haber dentro de las chozas, incluso podían estar ocupadas por bárbaros armados y en aquel caso sus fuerzas serían superiores, pero ante una fuerza hábil y ligera en el combate su gente empapada tendría demasiado lastre, y podían caer derrotados por un enemigo inferior.

Con un gesto ordenó a Petronio el ataque por el flanco derecho. Su segundo era un joven ambicioso y estricto cumplidor de las normas. Procedía de una buena familia romana, y su extrema delgadez no estaba reñida con una fuerza fuera de lo común. Él en persona se encargaría del costado izquierdo y del avance central. El enfrentamiento que se avecinaba hacía que su cuerpo estuviera sobreexcitado, la tensión iba en aumento, su sangre corría a una velocidad vertiginosa, podía incluso oír el latido de su corazón tronando en su cabeza, ¿cómo podía pasarle aquello aún después de tantas batallas? Llevaba casi diez años al servicio del Imperio, buscando completar una buena carrera militar que ayudara en su *cursus honorum*, y desde el primer día había tenido aquella sensación mezcla de miedo y excitación.

El estruendo del ataque cogió por sorpresa a los habitantes del poblado, aquello era lo más parecido a un gallinero humano que había visto en su vida, todo el mundo intentaba escapar como fuera, pero era literalmente imposible, estaban rodeados. Las espadas cortas de asalto romanas comenzaron a segar vidas como si de trigo maduro se tratara. Mujeres, niños o cualquier cosa viva que se les cru-



zara en el camino; aquéllas habían sido sus órdenes, ni personas ni bestias podían quedar con vida. El dolor emocional no era suficiente, también debían dejar sin sustento a los que estaban en el bosque, o al menos hacer mella en ellos. La falta de comida les haría salir más a menudo de sus escondites, necesitarían cazar, así las tropas imperiales tendrían más posibilidades de atraparlos; incluso alguno, llevado por la sed de venganza, cometería la osadía de buscar la confrontación directa con ellos. Un suicidio, en todo caso: la legión romana era invencible en un enfrentamiento directo.

Avanzaba dando mandobles. A veces su espada rasgaba el aire, otras veces el metal se estrellaba contra carne o hueso produciendo un sonido realmente tétrico, ruido a muerte. Imbuido por el estruendo del combate, su mente no diferenciaba a quién mataba, mujeres en su mayoría y algún jovenzuelo que no tenía aún edad para trabajar en los cultivos, ni fuerza para ir al bosque. Nadie les hacía frente, sólo intentaban escapar, yendo de un sitio a otro, encontrando la muerte por todas partes; algunos se escondían dentro de las chozas, pero los soldados prendían fuego y los hacían salir como conejos; una vez fuera, esperaban en la puerta para ajusticiarlos a todos, con más saña si cabía, por cobardes.

Eran como una plaga de langosta, que arrasa con voracidad extrema una cosecha. La algarabía no dejaba resquicio al remordimiento, en la guerra no había hueco para eso por mucho que, en ocasiones, algunos rostros sin vida acudirían a perturbar los sueños. Aquellos bárbaros germanos y los animales tenían poca diferencia; era como cazar, sólo que aquellas piezas no serían devoradas, sino dejadas allí mismo: servirían como testigos mudos de lo acontecido.

Una mujer de cabellos rubios, cargada con un fardo de telas, se puso al alcance de su espada y sin pensárselo dos veces hundió el frío acero en su cuello. Un estallido de sangre acompañó el grito desgarrado de la mujer. Aún con un último halo de vida en su cuerpo, luchaba por recuperar el hatillo de harapos, como si su propia muerte no le importara lo más mínimo. Aquella actitud llamó su atención y frenó en seco su ímpetu asesino. Casi sin pensarlo volvió tras sus pasos y sin echar cuenta de la moribunda, cogió el fardo y lo deslió. Sólo entonces comprendió el afán de la mujer por salvar el contenido. Miró a la bárbara casi sin vida, sus ojos acompañaban cada uno de sus movimientos.

—*Iniruni erg neargen...* —El general Poncio Augusto no entendía qué intentaba decirle aquella mujer, aunque parecía que estaba pidiendo clemencia con su mirada. No la obtuvo.

Así le llegó el final, mientras aquel romano acogía entre sus brazos a una criatura de pocos meses. Su cara redonda le miraba sonriendo, ajena al hecho de que estaba mirando al asesino de su madre, al general que había ordenado aquella matanza. Aquella criatura no dejaba de mirarle: clavaba en él, casi como dagas, sus ojos verdes.

Petronio llegó jadeante con el rostro ensangrentado y el general lo miró con gesto temeroso, Petronio sacudió la cabeza para relajar a su oficial: no era sangre suya, toda era ajena. La mirada de su subordinado era inquisitoria, en su cara se reflejaba una pregunta sobre la criatura que tenía en los brazos. Asintió con la cabeza: no iba a matar a aquella niña, su mirada había perforado su coraza hasta alcanzar su corazón. Poncio Augusto no había tenido hijos, su esposa no concebía, y él había matado a la madre de aquella criatura: su interior gritaba por darle una oportunidad. Vol-

vió a mirar a Petronio, que cada vez tenía una respiración más queda y seguía mirando, esperando una respuesta; el general se levantó con la niña en los brazos y volvió a asentir. Aquella sería su hija e iría a Roma con él. Petronio sacudió la cabeza de lado a lado como si pudiera leer la mente de su general: aquella decisión no le parecía tan buena idea, ¿una bárbara, hija de Poncio Augusto? Aquello tendría que ser un secreto.

Sus ropas mojadas se pegaban a su piel, iban calando sus huesos. Por suerte, el hatillo que protegía a la niña estaba seco: una especie de cera recubría las telas e impedía que el agua traspasara el paño, manteniendo seco el interior. Mejor así, el bebé estaría caliente hasta que llegaran a su tienda.

Miró hacia atrás, Petronio le seguía a poca distancia.

—Señor, lo que pretendéis hacer es una locura.

—Haré lo que me plazca. —El general no tenía intención alguna de hacer caso a Petronio.

—Tendré que dar parte de esta irregularidad cuando regresemos a Roma.

—Me parece bien. Aunque no me gusta que un subordinado me amenace —aseveró Poncio. Se dijo que más le valdría, quizá, que Petronio no regresase a Roma.

El calor del fuego los envolvió como una manta; era lo más próximo a un hogar que podía conseguir en aquel lugar en el confín del mundo civilizado. Se despojó de sus ropas mojadas, y se lavó la cara en un balde de agua fría que quedó teñida de rojo al desprenderse las costras de sangre reseca, recuerdos mudos de la matanza.

La tienda construida en lona y madera se dividía en distintos habitáculos separados unos de otros por finas corti-

nas a modo de paredes. La recia tela de la estructura hacía que el calor se mantuviera en el interior, aislando del frío que reinaba fuera, donde costaba incluso mantener el fuego encendido. Prácticamente cada rincón de su casa eventual se hallaba adornado con bustos de emperadores y ánforas decoradas. Su camastro, cubierto con gruesas pieles para soportar las noches del frío invierno germano, ocupaba el centro de la tienda.

Pidió un cuenco con leche de cabra, sabía que había en el campamento porque el hijo de una de las mujeres que acompañaba a la legión, con las dotaciones de suministro, se alimentaba con ella. El padre de la criatura había pedido permiso para que se la proporcionaran y él había accedido, lejos de saber que ahora se felicitaría por aquella decisión.

Una vez aseado, se acercó a la improvisada cuna de pieles que había hecho sobre su jergón. Allí estaban aquellos ojos verdes y la sonrisa arrebatadora que había perforado su coraza como si no fuera de metal. Algo en su interior le decía que aquellos ojos y esa sonrisa destrozarían más que corazas cuando fuera mayor.

—¡Quinto!... —llamó el general. Apenas moría la última sílaba y su ayudante ya asomaba, raudo.

—¿Señor?...

—Necesitaré que una mujer se haga cargo de esta niña cuando yo no esté en el campamento.

Quinto era un esclavo de su entera confianza: su padre le había puesto a su servicio cuando él mismo era aún un niño y desde que tenía uso de razón había sido más un mentor que un simple sirviente. Siempre le había acompañado a todas las campañas en las que había participado; después de aquélla, le daría la libertad, Quinto andaba cer-

ca de cumplir los sesenta, y a su entender, en sus últimos años merecía al menos ser dueño de su vida.

—Muchas mujeres se sentirían muy honradas de cuidar a la pequeña, si el propio general Poncio Augusto es quien lo pide.

—Busca una y que se presente ante mí mañana.

—Conozco a una joven que ha dado a luz no hace muchos días. Quizá podría amamantar a ésta.

—Eso sería formidable... Lo dejo en tus manos.

El esclavo salió raudo en busca de aquella mujer. La niña crecería con la leche de una romana y aquello satisfaría a sus antepasados: sería una forma de hacer que fuera un poco menos germana.

Poncio se acercó hasta el pequeño altar que había junto a su camastro. En él, minúsculas representaciones humanas abarrotaban la tarima iluminada por algunas velas encendidas. Era el único rincón de la tienda que no estaba iluminado por las lucernas que, colgadas de todas las vigas de madera, daban luz a la estancia.

—Antepasados, haced que esta pequeña colme los deseos de mi esposa por tener descendencia, su nombre honrará vuestra memoria... y llegará a ser digna de ocupar un lugar entre nosotros, cuando todo haya concluido para ella y llame a nuestras puertas en la otra vida.

El general alzó las manos y se purificó con el humo de una de las velas. Después volvió a su jergón y contempló embelesado a la criatura de pocas semanas, que pataleaba y reía al notar la caricia de su mano sobre su delicada piel. La pequeña había logrado una conquista mayor que la del gran Julio César: había conquistado su corazón.

I

*Roma, capital del Imperio,  
anno domini CIV*

Gaia casi no recordaba nada de la eterna noche anterior. Sus ojos comenzaron a hacerse a la luz que entraba desde el balcón de su casa, en la vía Tusculana. El pelo rubio, desbaratado, caía sobre sus voluptuosos senos hasta casi alcanzar su firme vientre. Sus piernas no eran excesivamente largas, pero sí firmes y esbeltas. Su cuerpo, digno de esculpirse en mármol —o eso era al menos lo que siempre le habían dicho—; a su entender, si aquello pasaba algún día, tampoco notarían la diferencia siendo su piel tan blanca como era: aquello causaba furor entre los hombres de la alta sociedad romana, aunque a ella no le gustaba mucho. Lo que más le gustaba en su fisonomía eran sus ojos verdes: aquel rasgo poco común entre los romanos hacía de la mirada de Gaia la más misteriosa y enigmática de toda Roma.

Todavía tumbada, giró el rostro hacia su derecha: a su lado yacía, aún profundamente dormido, Caio Octavio, uno de los más famosos gladiadores de Roma. En aquella época no era extraño que las mujeres de alto rango invitaran a su cama a gladiadores musculosos e incansables, que ofrecían sus servicios sexuales por el favor de aquéllas. No era un tema baladí: cuando tras años de supervivencia en la arena del circo máximo un gladiador podía obtener la espada de madera —virtud por la cual se convertía en ciuda-

dano libre, dejando atrás penurias y esclavitud—, el proteger a estas damas era un buen modo de ganarse la vida.

Caio no era su nombre real, sino el que le habían puesto al llegar a la escuela de gladiadores de Pericles el griego. Era de origen dacio, y por lo que Gaia sabía, ya había nacido esclavo. Lo que no tenía claro, jamás se lo había preguntado, era cómo había llegado a convertirse en gladiador.

En una ocasión le había visto luchar en la arena. Aquel día, Caio había derrotado a otros dos gladiadores: al primero le había clavado la espada en el estómago dejando al descubierto las tripas; al segundo le había cortado el cuello, tras esquivar un ataque de tridente y red. Gaia no encontró distracción alguna en ver a unos hombres matarse entre ellos, y desde entonces no había vuelto al Coliseo; prefería otras distracciones más cultas y refinadas.

El cuerpo desnudo de Caio invitaba a no levantarse y despertarlo, volver a revivir a la luz de la mañana la noche placentera en la que se habían enfrascado, donde el final no parecía llegar y el éxtasis continuo, que los sumió en un profundo sueño, la había dejado prácticamente amnésica. Los músculos marcados del gladiador iban haciéndose más nítidos a su vista, cada vez más acostumbrada a la luz diurna, y casi sin darse cuenta comenzó a excitarse al recordar cómo aquel hombre desataba su fuerza contra su cuerpo.

De no ser por Caio, no habría pegado ojo en casi toda la noche dándole vueltas a la negativa del Senado: el día anterior éste se había negado a abolir la norma por la cual una mujer no tenía derecho a formar parte del mismo, como había esgrimido el senador Cornelio. Odiaba a aquel individuo, con su cohorte de seguidores y aplaudidores,